

Estando allí, me acerqué á un grupo en que se hablaba de caza; un caballero que vivía en los alrededores de la capital, refería proezas de uno de sus paisanos y contaba lances tan extraordinarios sobre su fuerza y su destreza que muchos de los oyentes no pudieron ménos de manifestar sus dudas. El caballero A. de S. Ch., algo picado de las dudas de estos incrédulos quí los daría una prueba convincente, y nos invitó á todos á que fuésemos á pasar algunos días en sus posesiones del distrito de Caulloff, y asistir á una de las cacerías de su valiente Alejo. Aceptamos y quedamos citados para el siguiente día por la mañana, retirándonos temprano para prepararnos á aquella escursión; al amanecer me vino á despertar el caballero P... que me había ofrecido un asiento en su carruaje, y una hora después nos hallábamos todos reunidos.

Nuestro viaje fué de corta duración, pues en poco más de tres horas, los caballos, siempre al galope, nos hicieron recorrer un camino de 50 rerstar (cerca de 12 leguas) sin remudarse, y nos detuvieron delante de la casa de nuestro amigo, lindo edificio en que nos instaló con las mas generosas maneras.

Alejo avisado de nuestra llegada, no tardó en presentarse, y su presencia fué un objeto de admiración para todos nosotros; por mi parte confieso que quedé mudo de asombro; pues nunca he visto delante de mí un hombre de su talla y de sus formas hercúleas. Tenía indudablemente mas de seis pies y sus anchas espaldas y largos brazos, aunque bien proporcionados, su elástico talle, sus piernas nerviosas y robustas hacían de él un hombre excepcional. Era dependiente de nuestro amigo, y su amo le dió á conocer el motivo que nos conducía allí, y nuestras dudas respecto á sus proezas. Después de haber escuchado con la mayor atención, Alejo nos prometió que antes de tres días quedaríamos satisfechos, y exigía este tiempo, porque según decía, necesitaba buscar un enemigo digno.

Pero la suerte le auxilió en sus deseos, y aquella misma noche volvió de su escursión. Había descubierto una cueva habitada por uno de esos terribles osos que serían la admiración del resto de Europa.

Nos dispusimos inmediatamente para la escursión, armándonos de escopetas, pues la distancia que teníamos que recorrer era bastante larga, y los caminos bastante malos, y partimos aquella misma noche para llegar al sitio indicado, antes del amanecer. Todos íbamos provistos de una buena escopeta de ós cañones, de un cinto de cuero y de grandes botas que nos subían hasta por encima de las rodillas.

El equipo de nuestro héroe merece una detallada descripción:

Iba envuelto de pies á cabeza en uno de esos largos levitones de piel de carnero, que en Rusia se llaman *chouba*, y ceñía su cintura con una gruesa cuerda, de la que pendía un cuchillo de monte de unas quince pulgadas de longitud, cuya estremidad, un poco encorvada y cortante por ambos lados, hacia que, dirigido por una mano diestra y vigorosa, pudiese acabar de un solo golpe con el animal atacado. Su brazo izquierdo se hallaba rodeado, desde el hombro hasta el puño, por otra cuerda colocada en espiral, y que debía servirle de defensa contra las garras del animal; y por último, un fuerte guante de piel, guarnecido de clavos, cuyas puntas salían al exterior, ceñía su mano y era un poderoso auxiliar, pues al abrir la boca el animal para morder á su adversario, este le introducía con violencia la mano en la boca, y el dolor que le causaban las heridas producidas por

los clavos, era tal, que el animal no tardaba en caer al suelo. Llevaba consigo una fuerte y larga trenza hecha de unos juncos muy comunes en aquel país, con las que se hacen cuerdas mas resistentes que las nuestras de cáñamo. Su longitud era de unos veinte y cinco pies, y terminaba en una de sus estremidades por un nudo corredizo.

Ya veremos el buen servicio que le prestaba esta cuerda. Un telechka, carruaje del país, colocado sobre patines y tirado por dos buenos caballos, conducía nuestras provisiones de boca.

Partimos, y seguimos el camino guardando el mas profundo silencio, pues era preciso evitar el dar la alarma á las fieras que podía haber en los alrededores. Después de mas de una hora de marcha sobre la nieve en que nos hundíamos hasta la rodilla, llegamos á los bosques que nos permitieron caminar á un paso mas rápido.

Alejo iba delante, no guiándose en medio de la obscuridad mas que por su instinto de cazador y por su larga experiencia. En fin, al cabo de muchas marchas y contramarchas, llegamos á un claro del bosque rodeado por todas partes de excavaciones profundas, guarida ordinaria de los osos del país.

Así que todo el mundo se halló reunido en aquel punto, resolvimos esperar en él la llegada del día, temiendo alejarnos de nuestro enemigo, que debía hallarse por aquellos alrededores.

El día no tardó en llegar y entonces pudimos reconocer los objetos que nos rodeaban. A doscientos pasos de nosotros se veía un bosquecillo de árboles, y á sus pies una ancha excavación cubierta en gran parte por ramas secas y por el musgo. El cazador corrió al momento que el animal se hallaba allí, y dando algunas vueltas para reconocer el terreno, se preparó para el ataque.

Quedó pensativo por algunos momentos y en seguida, dirigiéndose hacia un árbol bastante corpulento que se hallaba á unos quince pasos del hoyo, ató á él la estremidad de la cuerda opuesta á la que terminaba en un nudo corredizo. Desandando después lo andado, cogió su escopeta y adelantándose con precaución envió sus dos balas al hoyo con el objeto de espantar á la fiera y hacerla salir de su guarida.

Su maniobra se vió coronada del mejor éxito, y en cuanto se oyó la detonación vimos aparecer la enorme cabeza de nuestro adversario, y conocimos que teníamos que habérnoslas con un oso de los llamados *Comedores de trigo*, es decir, con uno de los mas vigorosos de los que pueblan los bosques de la Rusia.

Su fuerza es prodigiosa, y su agilidad extrema; es el mas temible de los osos, y es difícil de combatir. Alejo, avanzando hacia él, trata de sacarlo fuera de su agujero, arrojándole piedras. El oso tardó bastante tiempo en decidirse, pero fastidiado de ver la persistencia con que se le provocaba, hizo un esfuerzo sobre sí mismo, y se presentó con toda la plenitud de su fuerza. Nuestro cazador entonces nos recomienda la inmovilidad y el silencio. — Sin uno y otro, añadió, no respondo de nada. Yendo al encuentro del animal, supo manejarle tan bien, que el atirajo del lado del árbol, en donde se encontraba atada su cuerda, y tomando el nudo con la mano derecha, esperó á pis firme á su adversario. Este, que había seguido constantemente con los ojos los movimientos de Alejo, vino directamente hacia él; pero viéndole detenerse y temiendo alguna caida, no se atrevió á aproximarse mas. Sentándose entonces sobre sus patas traseras, dió nuestras de querer retroceder, visto lo cual, nuestro cazador se vió obligado á salirle al encuentro. Afortunadamente, por

tener todavía mucha cuerda á su disposición, pudo avanzar libremente. El oso, cnderzándose, y separando sus largas piernas como para cojerlo, dió un salto enorme y vino á caer á sus pies.

Alejo, acostumbrado á salir triunfante de estas maniobras, evitó el golpe echándose atrás, y como el animal se disponía á tomar aliento para repetir su salto, se lanzó sobre él á su vez, y al mismo tiempo que con la mano derecha le enlazaba fuertemente el nudo corredizo, con la izquierda le asentó sobre el hocico un vigoroso golpe para obligarle á retirarse y asegurar la eficacia del nudo. Reculando en sentido opuesto á la cuerda, comenzó con una destreza maravillosa á dar vueltas alrededor de su víctima, evitando al mismo tiempo su alcance, y picándole de tiempo en tiempo con su puñal. El oso no tardó en sentir los dolores atroces de la estrangulación, y á veces hace esfuerzos terribles por romper la cuerda. Escitado como lo estaba, la lucha no podía ser de larga duración. En efecto, después de algunos minutos de saltos y de convulsiones, se dejó caer en el suelo como una masa inerte, con los ojos ensangrentados y las patas contraídas. Alejo lo concluyó de matar de una puñalada.

Nosotros nos estuvimos inmóviles; semejante intrepidez sobrepasaba á cuanto habíamos visto hasta entonces. Debo añadir, sin embargo, que el drama no había concluido, y que iba á trabarse una nueva lucha cien veces mas terrible que la que acabamos de presenciar.

Apénas nos habíamos reunido en torno del vencedor, cuando sonó á nuestros oídos un grito alarmante. Volvimos simultánea y espontáneamente la vista; y á corta distancia de donde nos hallábamos vimos otro oso, la hembra del que acababa de morir, que habiendo oído los ruidos del maclio, acudía en su auxilio. El aspecto de la fiera era magníficamente horroroso: su mirada chispeante de cólera, las contracciones de su entreabierta boca, y lo erizado de su lana, le daban cierta semejanza con la hiena.

Alejo comprendió al simple golpe de vista la estension del peligro que nos amenazaba, porque sabía que las primeras balas dirigidas contra estas fieras no bastan para contener su ímpetu, y tenía poca confianza ademas en la puntería que puede hacerse en tales casos.

Colocándose, pues, delante de nosotros, nos dijo que diéramos algunos pasos atrás, añadiendo: — « Sucedá lo que suceda, no tiréis! » En efecto, proponiase luchar cuerpo á cuerpo con el animal, y hubiera sido fácil herirle, haciendo fuego. Volvimos, por lo tanto, á aceptar el papel de espectadores pasivos del drama que iba á comenzar.

Qué figura tan sublime era la de Alejo en aquel instante! Pálido de sorpresa, no de espanto, sus rasgados ojos despedían rayos de luz: tal vez no había tropezado en toda su vida con una figura tan temible. Con la rapidez del relámpago cogió una escopeta, y apuntando al brazo del animal, tiró del gatillo; pero fuese precipitación, fuese que no apuntara bien, no hizo mas que herir á la fiera, lo cual aumentó su furor.

La primera idea que tuvo Alejo al ver que había errado el tiro, fué retroceder; pero avergonzado sin duda de este primer movimiento, mantúvose á pié firme, y cogiendo su arma por el cañón, avanzó resueltamente al encuentro del oso y le asentó en la cabeza tan violento culatazo, que la culata se hizo astillas. El oso quedó medio aturrido del golpe, pero no cayó en tierra, y quedaba por hacer lo mas difícil.

Alejo se había olvidado de coger el puñal; pero viendo que le era imposible retroceder, adoptó una resolución sobre humana, que fué la de aspirar á sofocar con sus brazos á la

fiera saltando encima de ella por un movimiento en falso que hizo.

Durante algunos segundos la lucha ofreció un espectáculo espantoso: no se oía mas que el ruido de las respiraciones del hombre y del animal y el rumor horrible producido por las uñas de la fiera en las espaldas de su adversario, de las cuales brotaba la sangre á chorros. Estimulado Alejo por el instinto de conservación y por los dolores, hizo esfuerzos pronto, inauditos, para sofocar al animal; pero en vano. Nosotros no nos atrevíamos á avanzar, y no podíamos hacer otra cosa que animarle con nuestras voces. En esta lucha encarnizada, desesperada, el cazador logró por fin hacer que retrocediese hacia el hoyo, y empujándole violentamente para que cayera de espaldas, lo consiguió teniendo la fortuna de que se rompiese el espinazo. Ya era tiempo porque el vencedor y el vencido rodaron simultáneamente al fondo de la excavación, y á duras penas logramos librar á Alejo de entre las garras de su formidable enemigo, el cual, aunque en mal estado, tenía todavía gran fuerza.

Nuestro héroe cayó desfallecido, y permaneció así mucho tiempo antes de volver en sí: le desabrochamos para detener la sangre que brotaba á torrentes de sus heridas. Siendo muy gruesa la piel de cebra de que estaba cubierto, las uñas del animal no habían hecho mas que desgarrarle bastante profundamente la piel. Alejo, vuelto á la vida, pareció confuso, al ver las pruebas de interés de que era objeto. Le colocamos en nuestro carruaje, pues no podía tenerse en pié, y los osos atados á ramas de árboles, y conducidos por campesinos, nos seguían.

Todo el mundo corrió á recibirnos á nuestra entrada en el lugar: los aldeanos que nos seguían construyeron apresuradamente un trineo de madera, y colocaron en él los osos. Todos felicitaron al pobre Alejo, nosotros hicimos inmediatamente una colecta en su favor, y su señor, en premio de su bravura, le concedió enseguida la libertad. Después he sabido que este valiente no había querido abandonar á sus parientes y amigos, que había permanecido en su país, en donde continuaba sus valerosas aventuras, que le valieron el sobrenombre de *matador de osos*.

#### LA ARDILLA.

Los dos hermanos con la cabeza al aire, los cabellos flotantes y medio desnudos, se lanzan en el bosque seguidos del perro favorito que entra siempre en todos sus juegos. Echan á correr con gritos de alegría sobre la yerbecilla de las praderas, cogiendo avellanas al pasar, buscando nidios y arrancando florecillas al lado del arroyo; pero de repente se detienen, ponen el dedo en la boca recomendando el silencio, inclinan la cabeza y se quedan trémulos de alegría. Allí cerca, en el tronco de una ahijá encima, acaban de descubrir una ardilla!

Ambos se adelantan quedito, conteniendo su aliento, cuando el perro se enfereza y se pone á ladrar... la ardilla espantada vuelve su fina cabeza, vé á los pequeños cazadores, y desaparece entre las hojas.

El niño lanza un grito doloroso, en tanto que la niña con la cabeza levantada y extendidos los brazos, apenas puede contener sus lágrimas.

— Regocijate, en vez de entristecerte con lo que te sucede! Qué habrías hecho con esa ardilla si la hubieras cogido! Lo que hace todo el mundo; ponerla en una jaula. En vano



Dios la habria concedido la agilidad y la destreza; su vida se hubiera consumido dando inútiles vueltas en su encierro. Hoy al contrario, libre y laboriosa, ocupa útilmente sus días. En el hueco de ese árbol se halla su despensa; mas arriba está el nido donde se abrigan sus hijuelos; trabajando todo el día puede alimentar á su familia, viviendo con los productos del estío y recojiendo provisiones de reserva para los malos días. Niños, un tiempo llegará, cuando seais grandes, en



La ardilla. — Cuadro de Diaz.

que sabréis que muchos destinos entre los hombre se parecen á los de las ardillas. En el mundo tambien encontraréis aqui al ocioso dando vueltas en un círculo inútil y ruidoso, alimentado por el amo á quien distrae, pero pagándolo con su libertad; y allá al trabajador incansable, educando la generacion que debe sucederle, pensando en lo presente, sin descuidar las necesidades del porvenir. Entonces, iluminados por la conciencia sabréis conocer donde está el deber, y en donde la felicidad, y preferiréis á la ardilla enjaulada, la que corre libre y contenta por el bosque.

NUESTRA SEÑORA DE LA ZARZA.



Nuestra Señora de la Zarza.—Dibujo de Lancelot.

Este hermoso edificio se eleva en la aldea de Notre-Dame-de-l'Epine, á ocho kilómetros de Châlons-sur-Marne, en el camino que conduce de esta ciudad á Strasburgo por Metz. La aldea y la iglesia deben su origen á una aparicion milagrosa. En 1419, no se veía en el sitio que ocupa hoy esta aldea mas que una capillita rodeada de matorrales y dedi-



cada a San Juan Bautista, á corta distancia de las parroquias de Melette y de Courtisols. La víspera de la fiesta de la Asunción al anochecer, unos pastores de estas dos aldeas que habían llevado sus rebaños junto á la capilla, vieron una grande claridad que iluminó de repente una zarza que allí había. Los primeros carneros huyeron espantados, pero los corderillos se acercaron sin temor. Los pastores, sorprendidos, se aventuraron á seguirles, pero la luz haciéndose mas brillante, les deslumbró hasta el punto que cayeron sin conocimiento. Cuando recobraron sus sentidos, la luz resplandecía con mas suavidad, y adelantándose vieron en medio de una aureola, una pequeña estatua de la Virgen con el niño Jesus en brazos. Conforme iba entrando la noche, la luz aumentaba en intensidad, esparciéndose, según decían, á diez leguas á la redonda. Los pastores contaron el prodigio que habían presenciado, y de este modo la noticia del milagro circuló toda la noche por aquella comarca; sin embargo, la claridad desapareció con el día de la Asunción, sin volver á renovarse.

Advertido por los curas de Melette y de Courtisols, el obispo de Châlons fué á visitar la zarza sagrada en cuyo centro se halló una pequeña estatua de piedra amarillenta, perfectamente pulimentada: tenía de altura unas doscientas pulgadas. Al punto fué transportada con gran pompa á la capilla de San Juan Bautista, que desde entonces se volvió el objeto de una peregrinación muy frecuentada.

Los fieles llevaban ofrendas considerables á las iglesias de Melette y de Courtisols, y como la oficialidad de Châlons quiso apropiárselas, el rey Carlos VI mandó que se destinaran á la construcción de una iglesia que había de reemplazar la capilla.

La Francia estaba entonces invadida por los ingleses que poseían la mayor parte del territorio, y tenían por todas partes dignidades y empleos. Un arquitecto inglés llamado Patricio se encargó de la construcción de la iglesia proyectada. En efecto, bajo su dirección los trabajos adelantaron con rapidez: en 1439, la fachada, la nave y la torre del norte estaban concluidas, pero como las probabilidades de la guerra eran ya mas favorables para la Francia, los ingleses principiaron á temer por sus bienes y vidas; en una palabra, el arquitecto Patricio huyó con el dinero que le habían confiado para la erección del monumento.

Los trabajos permanecieron abandonados hasta que un albañil francés, Antonio Guichard, se puso á su cabeza, y desde entonces la iglesia principió á levantarse poco á poco. Guichard modificó mucho los planes de su predecesor, sobre todo en las proporciones. En 1529, la iglesia de Nuestra Señora de la Zarza estaba concluida. Todos los pueblos de la comarca contribuyeron con entusiasmo al embellecimiento de la nueva basílica. Châlons y Verdun le dieron sus magníficas vidrieras y sus hermosas campanas; pero desgraciadamente, los ingleses rompieron todos los vidrios de la iglesia, en una tentativa que hicieron para saquearla.

La historia particular de Nuestra Señora de la Zarza es una serie de fiestas religiosas y de milagros obtenidos por intercesión de esa santa Virgen. Durante la revolución de 1789, cinco de sus campanas fueron convertidas en moneda y se quitó la aguja de la torre del norte para poner allí un telégrafo. En 1825, un rayo estropeó algunas partes de la parte meridional, pero bien luego se reparó este daño.

La iglesia de Nuestra Señora de la Zarza es de un bello estilo ogival, con la forma general de las iglesias del siglo XV. La finura y elegancia de la fachada son admirables, distinguiéndose sobre todo por el hermoso arco formando

pirámide que se eleva sobre la puerta principal rodeando un inmenso crucifijo. El efecto de este emblema de la bendición colocado así á la entrada del templo, no puede ser mas bello. El roseton de en medio parece puesto en un marco ovalado; los dos campanarios ofrecen con poca diferencia los mismos detalles de escultura y de construcción, aunque el del norte es un poco mas pequeño que el de la torre meridional.

Un hermoso pulpito separa la nave del coro, habiendo además dos altares construidos en estos últimos tiempos. En el de la derecha se halla la estatua milagrosa, cubierta casi enteramente de preciosos adornos.

La fachada del norte es triste y sin ornatos, la del sur es curiosa é interesante.

El coro se halla formado por diez pilares reunidos por un hermoso cercado de piedra esculpida. En la parte septentrional de la iglesia hay un pozo á cuyas aguas se atribuyen maravillosas propiedades. La mayor parte de las capillas son notables por la delicadeza de sus adornos esculpidos.

## HISTORIA

DEL

### ULTIMO CABALLO DEL EMPERADOR NAPOLEON.

(Véanse las pag. 291, 301, 309 y 317.)

IX.

Cerca de dos meses habían trascurrido desde el día en que Acacia, el antiguo caballo del Napoleón de la guerra, había llevado encima al Napoleón de la paz, y el veterano de las batallas imperiales y reales continuaba gustando las dulces comodidades, que la jeniosidad de M. Lev... había asegurado á su vejez, apenas salía de la cuadra sino para dar una vuelta por el campo, y evitar, con un poco de movimiento, los peligros de una larga inacción, y de la obediencia.

Cuando salía, los muchachos de las aldeas corrían á saludarle y admirarle.

— Ahí va Acacia, el caballo de Napoleón! gritaban. Y todos se disputaban el honor de ser admitidos á tocarle, á presentarle un trozo de pan, que él desdafiaba siempre; pero las ofertas continuaban á pesar de las obstinadas negativas del caballo. A aquellos tributos, á aquellos homenajes de la infancia y de la juventud, se reunían los de la edad madura y de la ancianidad, Acacia era honrado, festejado casi como un antiguo soldado, que hubiera recibido los fuegos de la Europa guerrera, como un noble resto de las guerras de la revolución y del imperio.

Una mañana, M. Lev... vió llegar á su patio, en donde fumaba tranquilamente su pipa, uno de sus vecinos, Juan Potard, ex-sarjento de coraceros, ahora cerrajero en Viré.

— Qué quieres, muchacho? le preguntó M. Lev... acostumbrado de verlo; no es hoy cuando casas á tu hijo?

— Precisamente por eso vengo.

— Ah! vienes tal vez á buscarme... pero tranquilízate, será exacto á la cita. Pronto estaré vestido.

— Tengo que pedirnos una cosa.

— De qué se trata?

— Quiero que me presteis á Acacia por hoy.

— Acacia! pues, para qué le quieres?

— Querria que fuese tambien de las bodas.

— Y le traes papeleta de convite?

Juan Potard se echó á reír.

— Papeleta, no; pero escuchad; soy un antiguo soldado del emperador, y creo que Acacia debe tomar parte en la función de hoy... Es una idea como otra cualquiera, no es verdad?

— Si, pero mi Acacia no está acostumbrado á la fatiga de las carreras largas; necesita mucho cuidado y temo que sea dividido en medio del movimiento, y de los placeres de la boda.

— No tengais cuidado, cuidaré de Acacia, y el que lo montará no es capaz de hacerle mal; es ginete que no le hará galopar.

— Bueno! pero podria montar otro caballo; acaso Acacia es indispensable para la boda? no podria casarse tu hijo sin él?

Tendria M. Lev... un secreto presentimiento de la desgracia que amenazaba á Acacia? Así pudiera creerse, al ver su vacilación en acceder al deseo del ex-coracero. Pero Juan Potard insistió con tanta impertinencia, que no hubo medio de negarle lo que pedía. M. Lev... le condujo á la cuadra en donde Acacia acababa de tomar su comida, última comida!

En aquel momento, M. Lev... sintió una especie de recrudescencia en los sentimientos de repugnancia y de temor, que le habían aconsejado una negativa; pero había prometido, y no queria ni podía faltar á su promesa. Ayudó á Juan Potard á ensillar á Acacia; pero cuando se quiso conducirlo fuera de la cuadra, el caballo manifestó caprichos de oposición, y de desobediencia, que parecieron extraordinarios á M. Lev...; era la primera vez quizás, desde su entrada en la casa de su nuevo señor, que se mostraba poco dócil. M. Lev... participó sus observaciones á Juan Potard; pero este, que queria que Acacia fuera á adornar la fiesta nupcial, no vió cosa digna de consideración en las observaciones de M. Lev...

Al fin, Acacia se decidió á salir de la cuadra, y Juan Potard, alivio con su conquista, le condujo por la brida, para probar á M. Lev... el cuidado que se tomaba por el caballo.

A las tres de la tarde, el músico de la aldea, con el pecho adornado con un enorme ramo de flores, y llevando un violín, al que hacía producir sonidos chillones, y muy poco alegres, se adelantaba á caballo, al frente de una turba de aldeanos, que iban algunos pasos detrás de él. Los aldeanos, entre los que iban los desposados, rodeados de sus parientes, cantaban canciones análogas á las circunstancias, y el violín del músico luchaba en vano contra los vigorosos acentos de las voces vigorosas de la Normandía.

El músico creyó entonces que debía dejar descansar un momento su instrumento fatigado, para arreglar, apretar, ó encerrar las cuerdas; y en aquel momento se le escaparon las riendas; no obstante, el paso tranquilo y lento de Acacia le tranquilizó; no observó que bajaba por uno de esos caminos resbaladizos, por los que todo caballo, joven ó viejo, tenia necesidad de ser dirigido con precaución, por medio de las riendas, que le sostuvieran, y á veces le detuviesen.

Pero el músico, completamente extraño al arte de la equitación, y que montaba por primera vez á caballo, iba á pagar muy cara su imprudente temeridad, y su fatal inespereñcia.

Los cantos continuaban con doble intensidad; unos instantes mas, unos cuantos pasos andados hubieron sacado á

Acacia del mal camino; pero antes de suceder, su pié derecho tropezó con una piedra pegada al suelo; el caballo perdió el equilibrio, cayó y rodó; el músico lanzó un grito, que nadie oyó; los aldeanos que iban á la cabeza de la columna buscan al músico, y á su caballo; se adelantan, y entonces, cuán horrible espectáculo se ofreció á sus miradas!

Acacia yacía en el suelo, exhalando su último suspiro; el músico, desmayado, y teniendo todavía su violín en la mano estaba con una pierna debajo del caballo, le sacan con precaución; pero tenía un pié estropeado!

De este modo, el noble animal que llevaba á Napoleón en Waterloo, que fué poseído por tres reyes de Francia, que fué montado por Carlos X, y por Luis Felipe, que asistió alternativamente como actor y como testigo á la caída de dos imperios y de dos dinastías, moría de la muerte mas oscura, mas vulgar, en una pequeña aldea, y su último gineete era un musiquillo normando.

Aquella catástrofe, que acababa de poner fin á la existencia de Acacia, y de comprometer gravemente la del pobre músico, produjo un doloroso eco en el distrito de Viré, y aun mas léjos. Hubo disgustos y lágrimas para las dos víctimas. Pero la desgracia sucedida al imprudente músico era reparable, debió á socorros afectuosos é inteligentes, su restablecimiento rápido, y dos meses despues de la caída acompañaba nuevamente con su música otras bodas de la aldea. Con la diferencia de que iba á pié; había hecho juramento de no volver á montar á caballo.

La historia refiere que Alejandro el Grande mandó hacer magníficos funerales á su corcel favorito, á aquel búcefalo que montaba al pasar el Gramis, y en los llanos de Arbelas. El último caballo del moderno Alejandro no tuvo este honor; pero á lo ménos se preservaron sus restos del insulto reservado á los cadáveres de todos los caballos, cualquiera que sea el papel que hayan podido hacer en su vida, y sin consideración al género de servicios que han prestado.

El escarpelo del desollador no imprimió sobre la piel de Acacia sus vergonzosas y sonrientes huellas. Se abrió un ancho surco para contentarlo, á veinte pasos del sitio en que había encontrado la muerte; unos cuantos aldeanos asistían á esta ceremonia, y en medio de ellos se veía á Juan Potard, ex-sarjento del 7.º de coraceros, que representaba en cierto modo al ejército de Napoleón en los modestos funerales de su último caballo. Las lágrimas que corrían de los ojos del veterano fueron la oración fúnebre de Acacia; no les faltaba cierta elocuencia.

La muerte de Acacia recordó á M. Lev... la promesa que Luis Felipe le había hecho; escribió al monarca anunciándole el fin del caballo que montaba el día de la revista de la guardia nacional de Viré.

La contestación no se hizo esperar; pero en ella se advertía á M. Lev... que se dirigiera al marqués de Strada, caballero mayor del rey. La administración no pensó en pagar la deuda de Luis Felipe; M. Lev... renovó su petición; fué en vano. Tuvo que resignarse á guardar silencio, y el caballo que debía reemplazar á Acacia en su cuadra, no salió de las del rey de los franceses.

FIN.

### LOS BARDOS ARMORIGANOS.

Los bardos tenían entre los galos un doble carácter religioso y nacional. Formaban parte del gobierno de las ciudades, guardaban el templo, animaban el valor de los combatientes con sus himnos de guerra, celebraban las acciones



nobles y descargaban su ira contra las cobardías. Esta institución se modificó insensiblemente, pero conservó mas importancia entre los bretones insulares que entre los galos. Entre aquellos los bardos ejercían aun en el siglo IV en el seno de las familias nobles, ciertas funciones regulares y confirmadas por la ley y por la costumbre. Cuando esas familias pasaron á la Armórica en 390, se llevaron consigo sus bardos y la poesía cristiana ya de estos últimos debió ejercer una grande influencia sobre el bardismo pagano todavía en Bretaña.

Las obras de estos bardos que cantaban en la Armórica



Un Kloarek.

dose á todas las burlas que provoca esa instrucción tardía. Su traje no experimenta ningun cambio, pero desaparece su larga cabellera como para indicar el noviciado de la tonsura clerical, conservando únicamente algunos bucles que flotan por detras sobre los hombros, último simbolo de los sueños mundanos que quizá podrán sobrenadar en aquella cabeza en medio de los austeros pensamientos del porvenir. Su familia no puede sin embargo subvenir siempre á sus necesidades, aunque con la esperanza de hacer de él un sacerdote, arrostra toda clase de sacrificios. Así sucede que suelen faltarle los objetos mas preciosos, como libros, papel y pluma, y en este caso el kloarek tiene que ingeniar para suplir esta falta de recursos. Se hace con los cuadernos viejos de sus camaradas y escribe en los blancos de los renglones; recoje fuera de las clases las plumas que ha barrido el portero; copia las obras clásicas y le sirve de libro su manuscrito. Su vida material no es ménos laboriosa ni económica. Reunido con cinco ó seis de sus camaradas, alquila una guardilla que le sirve á un tiempo de cuarto de estudio, de cocina y de alomba. A veces tambien el kloarek halla un tabernero ó un cochero que le suministra un jergon y una manta en un rincón, y en cambio le trae el agua de la fuente

en el V y VI siglo, se quedaron sin duda en la tradición oral y hubieron de perderse luego; pero no por eso es ménos cierto que ellos dieron principio á la escuela poética continuada hasta nuestros días.

La clase mas importante de estos bardos, era la de los kloareks, nombre que se da á los jóvenes que abandonan los campos, para estudiar y entrar en el gremio de la iglesia. Ordinariamente el kloarek no principia sus estudios hasta la edad de diez y seis á diez y siete años; y aun á veces llega á sentarse en las escuelas en toda la fuerza de una robusta juventud, al lado de niños de ocho años, sometiéndose

mente en el reposo del cuerpo y el trabajo de la inteligencia, sus miembros se ponen pesados en la inacción, su tostada frente palidece; bien luego todo su cuerpo se ablanda, y el robusto hijo de los campos se vuelve semejante al hombre de las ciudades que se moriria si le cayera una escarcha. Pero al mismo tiempo tambien, y por compensacion, se desarrolla su inteligencia, se fortifica, se ensancha en el ejercicio del pensamiento; su imaginacion enriquecida principia á iluminar su corazon cuyos movimientos y deseos comprende y analiza mejor que antes. Ya la vida material no es el todo á sus ojos; achicado su cuerpo, su alma se muestra preponderante. Entonces tambien las enfermedades del hombre civilizado le atacan á la vez; y entonces llegan los dolores vagos, el vacío, esas tristezas sin nombre y sin remedio que vienen de no se sabe donde, y que sin saber por qué hacen desear la muerte. Entonces se sueltan de repente cantos de esperanza ó de tristeza, y el kloarek se vuelve poeta á su vez, pero poeta de sus propias sensaciones mas bien que de los movimientos de la vida esterior.

El *sóne* siguiente dará una idea de lo que son esas elegías:

«Me hallaba en mi jardín con el corazon rebotando de alegría, cuando vi una flor alta y brillante; sus hojas resplandecían como el sol cuando se pone en el horizonte.

«Y esa flor era una flor de melancolia, que entró en mi corazon, y desde entonces se quedó enfermo, y no puedo arrancármela. Su vista solo me dejó meditabundo.

«Soy un pobre kloarek que no tiene aun la edad de un hombre y que sigue sus estudios; este año estaré muy melancólico, porque la que amo no me ama.

«Cuando venga otra vez la primavera, florecerán de nuevo los blancos cercados así como los corazones de las jóvenes; las hermosas flores se regocijarán en los jardines, y tambien los corazones de los jóvenes se regocijarán en el mundo.

«Pero yo me iré á construir una torrecilla en frente de la morada de la que amo tanto y allí lloraré los tiempos pasados; allí pensaré á solas en mi fatal estrella.

«Vine á cantar un poco bajo su ventana, y oí á los pájaros que cantaban tambien en lo alto de los árboles pareciendo decirme: — Kloarek, de qué te sirve enristecerte tanto?

«Por qué no estás contento con tu suerte? No lo tienes todo en abundancia? Vives en la casa en que has nacido; tienes á tu lado á tus padres y Dios te da el vestido y el alimento

«Mientras que nosotros que cantamos de todo corazon, no tenemos nada en el mundo. Cesa pues, kloarek, y deja que penetre la alegría en el corazon de un joven.»

## EL CASTILLO DE HILTON.

### PROCESO CRIMINAL.

El castillo de Hilton, á tres millas al oeste de Monk-Wearmouth, enterrado por decirlo así, en la espesura de los bosques que lo circundan, rara vez es visitado por los estranjeros. Es sin embargo, un monumento curioso y digno de estudio, como resto de aquellas antiguas moradas feudales que la Inglaterra poseyó en mayor número que ningun otro país del mundo. Habiendo llegado desde Gateshead á Sunderland por el camino de hierro, dejé esta ciudad y me dirigí á pié hácia Hilton, cuyas torres de color gris descu-

brí en el fondo de un valle que mi vista dominaba. Descendí á él, y bien pronto me hallé al frente de un torreón almenado y de una puerta sobre cuyos pilares se ven labradas en piedra negra dos aves sosteniendo una corona: á cierta distancia parecen cuervos; pero desde mas cerca se percibe que son mas bien halcones ó águilas. Tienen un aspecto singular, que prepara en cierto modo al viajero á la estravagancia de la mansion de que estas aves son los inmortales guardianes. Por esta puerta, que casi obstruye un mal construido tinglado, se penetra en una senda que conduce al parque, guarnecida á derecha é izquierda por una empalizada bastante destruida. Al término de esta calle hay otra puerta: de los dos cuervos, uno aquí soltó sin duda el vuelo herido tal vez por alguna bala de cañon durante la guerra civil; el otro se mantiene todavia en pié y parece fijar sobre el que llega su mirada siniestra. Esta puerta da entrada á una granja, donde segun costumbre del norte de Inglaterra no pude obtener otra respuesta á mis preguntas, sino que me dirigiera á la mujer anciana que habitaba el antiguo castillo. A él encaminó mis pasos atravesando los campos.

La fachada atestigua desde luego la antigüedad de esta sombría mansion. Cuatro torres cuadradas presentan sus ángulos salientes y macizos; todas ellas con almenas octógomas de un trabajo precioso. El muro que reúne estas torres se halla igualmente almenado, y la galería voleada que domina torres y murallas, permite en un caso á los defensores del castillo destruir á cuerpo cubierto á las tropas que le pongan cerco. Encima de la puerta, sostenido por un arco elíptico que termina en punta, se encuentra un segundo cuerpo de obra tambien con almenas, sobre las cuales se ven los restos de algunas figuras de piedra, que recuerdan las que se hallan situadas sobre las torres de Alnwick-Castle.

El ojo del anticuario no puede equivocarse, y reconoce al punto la arquitectura del tiempo de Ricardo II. En el centro se ven colocados varios escudos de armas á la sombra de una bandera, donde están acuarteladas las armas de Francia y de Inglaterra. Están dispuestos en tres líneas con bastante irregularidad, y tal vez alterado el orden primitivo de su colocacion. Estos escudos son los de Neville, Skirlaw, Peerys y Louvaine, Brabante, Hilton, Vipout, Lumley, Grays-toke, Euse, Eitz-Randal, Washington, Ogley, Conyers y algunas otras familias cuyos blasones no sé descifrar. Entre los últimos, encontré sobre la torre el escudo de los Surtées de Boves. Yo habia observado á cada lado de la puerta dos lamparines de granito, testimonio de la antigua hospitalidad, y los mojonos destinados á trazar el camino circular de las carretas.

Pero las ventanas están ahora entarimadas en gran parte; aquel conjunto de madera, melancólico y doloroso, inspira al corazon una indecible tristeza.

La fachada oriental, no menos adornada, es de un carácter parecido: vese en ella labrada una enorme cabeza de Moisés, que se reconoce por los cuernos tradicionales, y encima de ella un ciervo de muestra con una cadena al cuello. Por último, como en la entrada anteriormente descrita, hay dos jambas góticas formadas por el agrupamiento de numerosos pilares y esculturas de una delicadeza estrema.

En lo alto del castillo, sobre un elevado terraplen se ven las ruinas de una antigua capilla, en otro tiempo afamada por su elegancia y su riqueza. Bourne habla de ella en su *Historia de Newcastle*, escrita en 1736, y pondera la cantidad de alhajas y libros de que estaba provista. Al presente



subsiste aun la techumbre, pero los cruceros góticos se hallan en su mayor parte destruidos: en el interior se encuentran algunos bancos y los restos de un púlpito; pero ni un solo monumento de esta dilatada estirpe de nobles es anterior al último siglo de la época sajona. Los trozos esparcidos y rotos se hunden bajo los pies, las aves hacen sus nidos en las grietas de las paredes, y la armazón de la bóveda se desmorona.

En el exterior, se encuentran en gran número labrados en piedra los escudos de los Hilton y de las familias con estos enlazados, como los Vipont, los Stapleton, etc., y otra vez la cabeza bicorne del viejo Moisés.

Tal es el aspecto que me ofreció Hilton-Castle, y he creído conveniente detenerme sobre este cuadro, como prólogo natural de mi narración.

La historia de la familia de Hilton es una de las más curiosas que pueden suministrar los anales de los puros ingleses. Sábese que trecientos años antes de la conquista, bajo el reinado de Athelstane, uno de los reyes sajones, esta familia era famosa ya en toda la Inglaterra.

La inscripción conservada en Hartlepool nos testifica. En tiempo de la invasión normanda, Lancelote de Hilton y sus dos hijos Enrique y Roberto abrazaron la causa del conquistador: Lancelote fué muerto en Feversham; en recompensa de los servicios paternos y de los suyos, recibió Enrique, que era el mayor de los hermanos, un vasto dominio sobre las margenes del Were en las cercanías de Wexmouth. Este fué el que edificó el Hilton-Castle, hacia el año de 1702. Fué uno de los diputados que trataron con Guillermo en nombre de los cuatro condados del norte, y murió bajo las banderas de este príncipe en las llanuras de Normandía.

Hajo el reinado de Eduardo III, John de Hilton, que había enviado cuatro de sus hijos á combatir en Francia á los órdenes del príncipe Negro, fué creado baron por haber defendido valerosamente este edificio contra las incursiones escocesas.

La transmisión de la dignidad de par se verifica regularmente durante siete generaciones; pero William, el sétimo y último varon, la perdió por haber soldado ligeramente algunas palabras arriesgadas contra la reina y su favorito De Le-Pole. A la muerte de William, que se había adquirido cierta reputación por sus violencias, la corona se apoderó de sus dominios y se los dió al obispo de Durham, su detador, el cual los posesó por mucho tiempo, con esclusión del legítimo heredero.

Con todo, después de muchos años, Lancelote, nieto de William, recobró su castillo y una parte de sus bienes; pero fué esto por una concesion voluntaria del obispo, y bajo condiciones bastante duras. La porcion que le fué devuelta quedó gravada con muchos censos y servicios para con la sede episcopal de Durham; desde entonces subsistieron, habiendo recobrado el título de baron, pero renunciando al de baron del obispado.

Bueno será decir que en las cuestiones herédicas, algunos puntos de esta genealogía han ofrecido sus dificultades. Surtées dice que el verdadero tronco de esta familia fué Romanus, caballero de Hilton, que vivía en el siglo XII; pero dice tambien que pocas familias han amontonado tantas tradiciones, y que despues de haber decaído esta de su antiguo esplendor, los caballeros del Norte le manifestaban todavía el mayor respeto, considerándola como la más noble del país, aun prescindiendo de la dignidad de par que es aneja á los primogénitos. En toda comision episcopal, ni

de Surtées, el nombre de Hilton figura en primera linea.

Ademas de esta casa solar de Hilton, los barones de este nombre poseian para sí y para sus herederos los castillos de Dranston, Grindon, Ford, Clowcroft, North-Ridick, Great-Usworth y Follensey, en el condado de York; Eryngton, y Woodball, en el Northumberland; Alston-Moor entre este condado y el Cumberland. Tenian tambien derecho de colacion sobre Thylkhalgh y Monk-Wearmouth.

Al cabo de cinco siglos y de veinte generaciones de esta ilustre familia, un terrible suceso vino á trastornar las condiciones de su existencia. Ultrajado gravemente, á lo que parece, por uno de sus parientes, Enrique de Hilton, jefe de la rama principal, abandonó repentinamente la morada de sus antepasados y acabó oscuramente su vida en el condado de Sussex en casa de un lejano pariente suyo. En su testamento, abierto en 1644, legaba el usufructo de todos sus bienes durante 99 años á la ciudad de Londres. Los herederos naturales se vieron totalmente despojados por tan largo espacio de tiempo, por lo cual aquel acto de la postrera voluntad de Enrique, dió margen á las más activas contiendas judiciales. Los juriconsultos se atuvieron á las palabras del testamento y arrancaron á los herederos de los dominios, cuyos productos habian ya consumido, á tiempo que estallando la guerra civil, terminó de una vez la obra que más tarde se habia de acabar al fin sin esta ayuda. Desde este momento, fué disminuyendo de día en día la fortuna de los Hilton. Su último descendiente directo, reducido á la humilde condición de mercader de paños, vivía en Windmill-Hill (Gateshead), donde murió no ha mucho dejando su viuda y una hija cuyo ilustre nombre se ha perdido por último en algun plebeyo matrimonio.

Lo mismo que á la familia ha sucedido á su castillo. El viento pasó con sonrisa de triunfo por encima de los muros derribados y de los árboles ya secos que lo rodeaban. De tantas torres, de tantos salones inmensos, de tantos aposentos de esculpida techumbre, solo queda una pieza cerrada; y en esta pieza, que es la cocina, se recoge una familia de trabajadores. Sus vestidos, sus cacharros y los instrumentos de su trabajo apenas ocupan un rincón de aquella estancia demasiado grande ahora para cuatro personas que la habitan.

Cuando entré, era cerca de mediodía; la madre y la hija, tostadas y pálidas como la tierra que trabajan estaban preparando su modesta comida. Un niño de rollizos mofletes, sentado sobre un monton de leña, me miraba al llegar con cierto aire de espanto, creyendo acaso que iba yo á espulsarlos de una habitacion tan en armonia con sus hábitos y necesidades.

Esta cocina tiene en sí misma sus tradiciones. El niño asustado de Hilton (*the Cowed Lad*) tiene allí sus nocturnas contiendas. Hilton-Castle ha sido la última residencia frecuentada por un duende algo celebridad. Hé aqui la historia:

Uno de los antiguos barones, había dado orden de que ensillasen su caballo, y viendo que no se lo traían pronto, descendió él mismo á las caballerizas. Estaba solo el page y sin hacer nada, desperdiçando un tiempo precioso, en vez de cumplir la órden que había recibido. Como el asunto que hacia salir al baron era importante y penitatorio, montado éste en cólera, echó mano á una hoz que por desgracia estaba junto á la puerta, y dió al niño un golpe que la fatalidad hizo mortal. Se dice tambien que ocultó entre la paja el cuerpo de la víctima, hasta que la oscuridad de la noche le permitió sacarlo de allí y arrojarlo en un estanque, y lo que parece confirmar la tradición es que en tiempo del último baron, fué hallado en efecto el esqueleto

de un niño entre el fango de un pantano próximo. Surtées, que referencia crónica, insinúa que pudo tener por fundamento la informacion judicial que acerca del cadáver de Roger Skelton de Hilton se verificó el 3 de julio de 1609, de la cual resultó que Roberto Hilton de Hilton, gentil-hombre, le había muerto de un golpe de hoz. Entre las sentencias del obispo James se encuentra el perdon de este crimen con fecha 6 de setiembre de 1609.

El niño asustado,—añade Surtées,—raras veces se aparecia á los criados que dormian en la sala grande; pero lo sentian todas las noches. Si habian arreglado la cocina antes de acostarse, el duende se entretenia en echar á rodar toda la espetera, en poner aquí y allá los platos y peros, y en revolver en fin lo de arriba abajo. Si por el contrario se habia dejado todo en desorden (precaucion que los criados toman sin la menor pena), el infatigable jugueton colocaba cada cosa en su puesto con el cuidado más minucioso. Aunque dotado de malicia, nuestro pobre duende fué despedido en una ocasion por el procedimiento que ordinariamente se emplea para esta clase de exorcismos. Dejaron los criados sobre el hogar y cerca del fuego una capa y una túnica verde, quedando en acecho por lo que pudiera importar.

A poco rato el duende fuese acercando de puntillas, sentóse sobre las cenizas calientes y examinó atentamente el traje que se le habia preparado: pocos momentos despues se lo probó y parecia como encantado de lo bien que le sentaba; por lo menos sus brinco y descompuestas cabriolas demostraban la mas viva alegría. Al primer canto del gallo se arrojó en la capa, y desapareció con el adios consagrado:

Aquí está la capita, la túnica aquí está;

De hoy mas en cosa alguna podré ser útil ya.

Por lo demas los parientes están lejos de guardar conformidad acerca del curioso objeto que nos ocupa. La muger que me enseñó el castillo, designando un armario colocado debajo de una puerta, me dijo sin titubear:

—Este es el sitio donde metieron al niño helado.

—Queréis decir sin duda que él se ocultó ahí, le hice observar.

—No,—me replicó,—ahí le encerraron.

Y en su historia se habla de un niño maltratado por los señores de Hilton, y aprisionado (acaso durante las noches de invierno) en el armario en cuestion. De aquí el nombre de el niño helado.

Finalmente, una tercera version, debida á una señora muy impuesta en las tradiciones del país, cambia el sentido del epíteto distintivo aplicado á nuestro duende. *Cowed*, segun ella, no quiere decir *asustado* ó *espantado*, sino mas bien *decapitado*, ó cuando menos *rapado* ó con los cabellos muy cortos. El mérito principal de esta interpretacion consiste en convenir con la idea tradicional de que el duende se aparecia bajo la forma de un niño sin cabeza.

No se puede creer, dicen todavia muchos de aquellos sencillos campesinos, en la espulsion definitiva del duende. Desde que recibió la capa y la túnica verde, se le ha vuelto á ver mas de una vez sobre los muros del ruinoso castillo, y á pesar de aquella ofrenda propiciatoria, persiste en jugar alguna mala pasada á los criados perezosos. Una pobre muchacha, entre otras, encargada de la lecheria, y que tenia la mala costumbre de ir quitando con el dedo la nata confiada á su cuidado, fué castigada por el malicioso duende. Cierto día en que la glotonía se desayunaba de este modo á espensas de varios barreños de leche, el niño invisible

tocándola en la espalda, la dijo con acento cólico:

«Tú pruebas, tú pruebas, tú pruebas y nunca haces que pruebe el niño asustado.»

La pobre chica, dejando caer el cuenco que tenia en la mano, salió corriendo de la casa, y jamas quiso volver á entrar en ella.

Aun hoy sería Hilton-Castle la residencia más cómoda de los duendes, y nadie en verdad querría disputársela. Allí encontrarían por otra parte una orquesta á propósito para sus danzas nocturnas, en el ruido misterioso de los vidrios que el viento azota y hace mover en las ventanas arqueadas; á mi casi me aturdió la primera vez que le escuché.

(Se continuará.)

#### ARTESANOS Y CAMPESINOS ASTRÓNOMOS POR VOCACION. PRIMERO ARTICULO.

El siguiente aforismo de H. de Palissy «La pobreza es un impedimento para el genio,» es con frecuencia una pura verdad. Sin embargo ciertas vocaciones hallan menos obstáculos que otras, y suelen salir adelante á pesar de la ausencia de fortuna y de los primeros beneficios de la instruccion. En el número de estas últimas debe contarse la astronomía. El magnífico espectáculo que la bóveda celeste desarrolla incesantemente á nuestros ojos parece convidar al estímulo y á la animacion de las facultades especiales que se requieren para los nobles y puros gozos de esa ciencia sublime.

«La Alemania es el país más feudo en esa clase de fenómenos,» dice Montucla hablando de los hombres cuyo génio científico se desarrolló, viniendo las trabas de una profesion mecánica. La Francia puede ofrecer tambien en este género numerosos ejemplos.

Nuestra intencion es dar á conocer algunas de esas vocaciones notables, aunque sin la pretension de ser completos, pues sería sumamente difícil en esta materia. Nuestro objeto quedará satisfecho si logramos provocar la emulacion en algunas inteligencias, poniendo á la vista bajo este nuevo aspecto, lo conveniente, moral y justo que es solicitar y aun invitar á todos los ciudadanos de una nacion á adquirir el grado de instruccion necesario para favorecer el desarrollo de las facultades especiales.

Las noticias que damos aquí siguiendo un órden cronológico, pueden ofrecer el doble interés de que muchos de los hombres que se encontrarán en ellas no figuran en ninguno de los libros de biografías que existen hasta hoy.

*Longomontanus*, ó *Christian Severin*, nacido en 1562, muerto en Copenhague en 1647, era hijo de un Labrador danés: fué uno de los observadores y calculadores más laboriosos de aquella época. Sirvió ocho años con Tycho-Brahé, y le ayudó mucho en sus trabajos. Dejó dos tablas astronómicas y un tratado especial, intitulado: *Astronomia danica*.

*Eliazar Ferroce*. Por los años de 1625, vivía en Vizille, aldea cerca de Grenoble, un simple campesino que se entregaba al estudio de la astronomía con bastante asiduidad. Se llamaba Eliazar Ferroce y era jardinero en el castillo del condestable Lesdiguières. El instrumento á cuyo beneficio hacia sus observaciones, era un octante de unos tres pies, con los grados divididos en minutos por transversales. Cassendi hace mencion de este observador y de sus observaciones que le fueron comunicadas por otro aficionado á la astronomía, M. de Valois, tesoroero de Francia en Grenoble. —Muchas de estas observaciones se hallaban en los manuscritos de la Biblioteca nacional con las de Boulliaud.



*Crabtree* (Guillermo) mercader de paños de Broughton, cerca de Manchester, en la provincia de Lancastre, observó el paso de Venus en 1639 e hizo muchas observaciones astronómicas. Vallis imprimió algunas de ellas con las obras de Horrocius ú Horrocks, muerto en 1644 como el mismo Crabtree que se cree fue víctima de los trastornos que desolaban entonces a la Inglaterra.

Teodoro ó Dirck *Rembrandts van Nierop*, nació en 1610



Una lección de astronomía, por J. Wright (1768). — Dibujo de PAQUEY.

ber y gran filosofía, se cuenta una de astronomía en holandés defendiendo á Copérnico. Rembrandts murió en su aldea en 1682.

Juan *Jordan* de Stuttgart, egreca á mediados del siglo XVII el oficio de peletero. Esto no le impidió que estudiara la astronomía en los libros alemanes los únicos que podía leer, porque ignoraba el latín. Hizo grandes progresos en los cálculos, siendo además un mecánico bastante ingenioso.

Nicolás *Schmidt*, aldeano de Rothenacker, cerca de Hoff se puso en estado por sí mismo de calcular las efemérides por los años de 1650, é hizo de esto una publicación que duró veinte años desde 1653 hasta 1673, el año de su muerte.

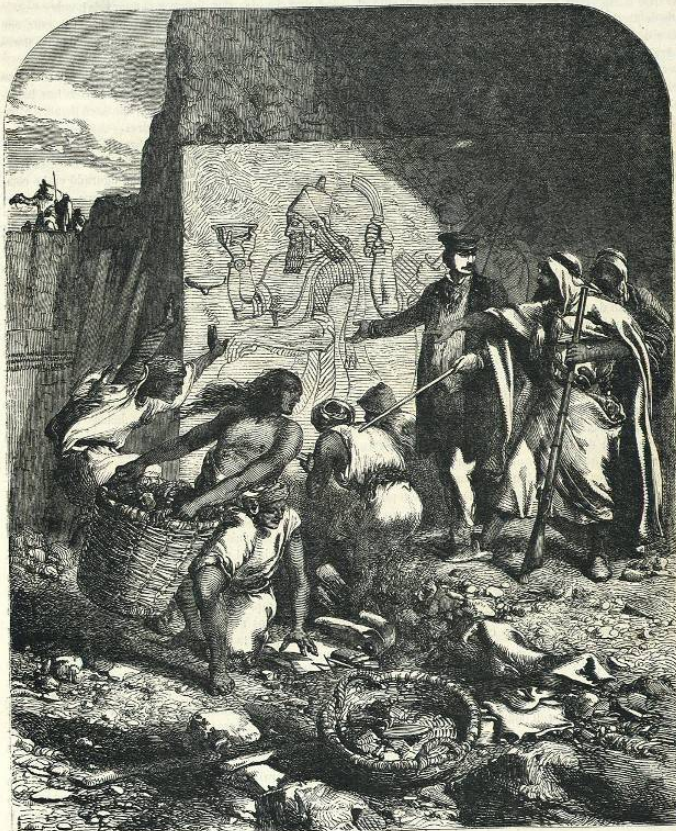
Cristóbal *Arnold*, aldeano de Sommerfeld, cerca de Leipzig trabajó con mas utilidad. Gozando probablemente de un bienestar mediano, compró todos los instrumentos necesarios, y la misma mano que por la mañana había guiado la carreta manejaba el telescopio por la noche. Siguió los

en Nierop, aldea de Holanda, y era de oficio zapatero. Cuando se publicaron los *Principios* de Descartes, Rembrandts los leyó, los admiró y quiso conocer á su autor confinado entonces en un retiro poco distante de Nierop. Pero los criados de Descartes rechazaron repetidas veces al humilde artesano, hasta que al cabo pudo llegar á él. Descartes prendado de su inteligencia, le animó y le recibió siempre despues con amistad. Entre sus obras que todas ellas revelan mucho sa-

principales fenómenos celestes, como eclipses de sol, de luna, y los satélites de Júpiter, desde 1688 hasta 1693. Sus observaciones impresas en dos volúmenes, fueron á parar despues de su muerte á manos de Kirch astrónomo de la academia de Berlin. Montucla cree que de allí pasaron á el depósito de la marina. Anold fué el primero que descubrió el cometa de 1683. También observó el paso de Mercurio sobre el sol en 1690. Esta última observacion le valió una gratificación de los magistrados de Leipzig: despues de su muerte, acaecida en 1697, su retrato fué colocado en la biblioteca de la misma ciudad.

Entre los astrónomos de vocacion que dió á luz la Alemania en el siglo XVII, debe contarse Andrés *Henman*, correo de Nuremberg, que por sí mismo en un principio y despues por medio de las instrucciones de Weigel, se puso en estado de calcular el lugar de los planetas.

## ANTIGUEDADES ASIATICAS.



Un descubrimiento por M. Layard, en Nemrod. — Composicion y dibujo de GILBERT.

M. Austen Enrique Layard, viajero inglés, habia recorrido el Asia Menor y la Siria durante el otoño de 1839 y el invierno de 1840, visitando Mossul y los alrededores de aquella ciudad en cuyo sitio se supone existió la antigua Ninive.

En 1845 M. Layard dió muchos pasos en Constantinopla cerca del embajador de Inglaterra á fin de que este le procurara los medios para tomar parte en ese gran trabajo de descubrimiento que tanto preocupaba entonces á las corporaciones científicas de toda la Europa. Sir Strafford Canning

comprendiendo la grandeza del proyecto de M. Layard, puso á su disposicion los fondos necesarios para subvenir á los gastos de su viaje, y de las excavaciones que se proponia hacer.

M. Layard salió de Constantinopla en el mes de octubre de 1845, y llegado á Mossul, presentó sus credenciales al gobernador de la provincia, Mehemed Bajá, aunque guardando el secreto de su viaje, porque temia encontrar oposicion por parte de este funcionario.

El 8 de noviembre salió de Mossul, acompañado de un



albañil y provisto de escopetas, cuchillos, y otras armas para suponer que iba de caza, y entrando en una pequeña balsa bajó el río Tigris en cinco horas, llegando al sitio en donde debía detenerse, á poca distancia de las aldeas de Naifa y de Nemrod, sitio en que se encontró con unos cuantos árabes de la tribu de Jeshah, que andaban errantes para sustraerse á los impuestos del Rajá. Su jefe se llamaba Awad ó Abd-Allah. M. Layard pudo decidir á este hombre á que le secundara en sus proyectos, ofreciéndole dinero, y en efecto después de una noche pasada sin poder dormir en una miserable cabaña de Naifa, al despuntar el alba, el viajero se puso en marcha con Awad, los otros seis árabes y el albañil. Bien pronto se encontró en la aldea de Nemrod, nombre que dan los árabes á un gran número de localidades donde se encuentran ruinas. Sabido es que ningún recuerdo hay mas noble é imponente en esa parte del Asia que el de Nemrod, el gran cazador, el fundador de Babilonia.

En todo trabajo de exploración, lo mas importante es la elección del sitio donde debe principiarse; M. Layard le habia escogido en Constantiopia, en su despacho, y ayudado con el recuerdo de sus primeras escursiones, se dirigió hacia un montón de ruinas que se eleva á veinte minutos de camino, al este de la aldea de Nemrod. « Las ciudades antiguamente tan famosas de la Asiria y del Egipto, dice M. Fernando Hoefel, no son hoy otra cosa que unos terraplenes ó montecillos, que el pueblo ignorante hasta lo sumo toma por sepulcros de gigantes. La ignorancia posee á veces un encanto poético. Esos montecillos cubiertos de yerbas que se secan durante los calores del estío, muestran aquí y allá en las quebraduras abiertas por los torrentes del otoño, los despejos que guardan en su seno. Unos cuantos fragmentos de vasijas, de alabastros y ladrillos son por lo regular todo lo que queda de una ciudad antigua; y estos restos que entristecen el alma contrastan singularmente con el aspecto que nos ofrecen en el Asia Menor las ruinas griegas y romanas que se señalan á lo lejos por esbeltas columnas que se elevan graciosamente de en medio de un bosque sombrío de mirtos y laureles. »

En el mes de noviembre, la verdura y las flores están ausentes de la tierra. El montecillo estaba árido y pelado, viéndose esparcidos en el pedazo de cacharros y de ladrillos. « Los árabes, dice M. Layard, espían todos mis movimientos, viendo con sorpresa que recoja aquellos objetos sin ningun interés á sus ojos. Bien luego echaron una mano todos ellos y me presentaron algunos escombros entre los cuales descubri con alegría un fragmento de bajo-relieve. La piedra habia estado puesta al fuego y se parecia enteramente á los espejuelos quemados de Khorsabad. Convenido por este descubrimiento de que halláramos otros restos de sepulcros, me puse á buscar un sitio donde pudiésemos emprender las escavaciones con algun éxito. Awad me llevó á un pedazo de alabastro que se descubria al nivel del suelo, y que no tuvimos dificultad en levantar; entonces vimos que era la parte superior de una ancha losa. Mandé á todos los demas que cavasen un poco con nosotros, y al punto salió á la vista una segunda losa que habia estado unida con la primera. Continuando de este modo, descubrimos hasta diez, en toda la mañana, que formaban un cuadro; una sola piedra faltaba en el ángulo noroeste; era evidente que habiamos descubierto un cuarto. ... Al día siguiente cinco turcomanes de Selameyah, atraídos por la perspectiva de un buen salario, vinieron á aumentar mi cuadrilla; y con su ayuda antes de anochecer me hallé en un aposento edificado con piedras de unos ocho pies de altura sobre cuatro ó seis

de ancho, colocadas perpendicularmente y bien unidas entre sí. En el suelo hallé algunos adornos de marfil con señales de haber sido dorados. Veíase una figura de hombre vestido con una larga túnica, teniendo en una mano la cruz con asas de los egipcios, una esfinge sentada, y algunas flores dibujadas con arte y elegancia. »

Tal fué el principio de los importantes descubrimientos que hizo M. Layard en el montecillo de Nemrod. Los bajos-relieves, esculturas é inscripciones que sacó de allí se hallan en el Museo Nacional de Londres.

Ahora vamos á extraer de la obra de M. Layard donde se hallan consignados todos sus descubrimientos, la relacion de un episodio que M. Gilbert ha figurado en la composición que acompaña á este artículo y que da una idea singular de la superstición árabe:

« Una mañana dice M. Layard, volví del campamento del sheik Abd-ur-Rahman y me dirigía hacia el montecillo donde habiamos practicado las escavaciones, cuando vi dos árabes de su tribu, que corrían á galope, que al llegar á mí se detuvieron diciendome con un acento extraño: « Apresárate, oh bey, corre á los obreros que han hallado al mismo Nemrod! Wallah! esto es maravilloso, pero es verdad; nosotros lo hemos visto con nuestros propios ojos. No hay otro Dios que Dios! » Y dicho esto, repitiendo los dos juntos esta última exclamación, salieron otra vez al galope con dirección á sus tiendas. Yo apresuré el paso, y cuando llegué á las ruinas bajé á un hoyo acabado de abrir, donde hallé á los trabajadores, que ya me habian visto, agrupados delante de una especie de muralla que habian hecho á toda prisa con cestos y con capas. Awad se adelantó hacia mí, y me pidió un presente para celebrar el descubrimiento que acababan de hacer, y al mismo tiempo los árabes echando abajo su muralla improvisada me descubrieron una enorme cabeza esculpida en alabastro del país; y lo demas del personaje estaba enterrado todavia. Al punto reconocí en este esculido uno de aquellos bueyes ó leones alados que se descubrieron en Khorsabad y en Persépolis. Se hallaba magníficamente conservado; su expresión era sosegada y magestuosa. La línea de los contornos atestigüaba una libertad de estilo y un conocimiento del arte que no podia esperarse en una obra de tiempos tan remotos. El terror y la estupefacción de los árabes no me extrañaron: aquella cabeza gigantesca, blanqueada por los siglos, elevándose así de repente de las entrañas de la tierra, habia debido recordar á sus vivas imaginaciones, uno de esos seres espantosos que, segun las supersticiosas tradiciones del país, se suelen aparecer á los mortales subiendo lentamente de las regiones inferiores. Uno de los árabes, al descubrir el monstruo, arrojó su cesto y echó á correr hasta Mossul, circunstancia que me confirmó mucho, porque me hice cargo de sus consecuencias.

« Entanto que mandaba descubrir la sepultura y que daba órdenes para que quitasen con precaucion la tierra que cubria el cuerpo, oí un ruido de pasos de caballos y bien luego se presentó á la boca del hoyo Abd-ur-Rahman, á la cabeza de la mitad de su tribu. Así que los dos árabes que me encontré en el camino llegaron á las tiendas, hicieron circular la noticia del acontecimiento extraordinario que acababan de presenciar, y al instante todo el mundo montó á caballo para juzgar por sí mismo si era verdad lo que se decía. Al descubrir la cabeza, exclamaron todos: « No hay otro Dios

1. No se ve esta cabeza en nuestro grabado; se supone que está en el hoyo debajo del bajo-relieve; un árabe la está mirando con señales de sorpresa y de terror, y otro la señala al viajero inglés con un ademán energético.

que Dios, y Mahoma es su profeta. » Mucho tiempo pasó antes de que el sheik pudiese determinarse á bajar al foso para cerciorarse de que lo que tenia á la vista era un ser de piedra. Esta obra, murmuró al fin, está hecha no por hombres, sino por la mano de gigantes inefiles cuyo profeta dice que eran mas grandes que las mas altas palmeras. Este es uno de los ídolos que maldijo Noé antes del diluvio. » Esta opinión gravemente manifestada, fué aceptada, despues de una atenta observacion, por todos los árabes presentes.

« Yo mandé que se quedaran dos ó tres hombres cerca de las sepulturas para guardarlas, y cuando volví á la aldea, hubé de celebrar el descubrimiento de aquel día, haciendo asar un carnero para comerlo con los árabes. Ademas, como dió la casualidad de que habia algunos músicos ambulantes en Selameyah los mandé á buscar, y una gran parte de la noche se pasó bailando. Al día siguiente acudieron los árabes de toda la comarca á admirar las sepulturas: hasta las mismas mujeres no pudieron resistir á la curiosidad, y corrieron en tumulto con sus hijos en brazos, costándonos mucho trabajo el impedir que aquella muchedumbre nos precipitara en el hoyo. »

#### HIPOTESIS

SOBRE LA FORMACION DEL ANILLO DE SATURNO.

El planeta Saturno ofrece á la consideracion de sus observadores el espectáculo mas sorprendente de cuantos nos presenta el estudio de la astronomia. Un globo inmenso rodeado de una especie de anillo que siempre le acompaña, y que recorre con él una misma órbita, es un hecho que por su singularidad parece que ha privado á los hombres hasta del recurso de aventurar una hipótesis. Voy á exponer una sobre tan extraordinario fenómeno, y tengo esperanzas de que el cálculo, las observaciones y los experimentos, vendrán despues á robustecerla.

Se sabe que una masa líquida abandonada á sí misma tiende á tomar una forma esférica, la cual toma efectivamente, siempre que una causa extraña no se lo impida. Sábese asimismo, que una esfera líquida que gira sobre su eje, se aplasta por sus polos, y se estiende en el sentido de su círculo ecuatorial. Es evidente asimismo, y consta ademas por experimentos que lo comprueban, que aquel aplastamiento y dilatacion, son en igualdad de circunstancias tanto mayores, cuando es mayor la velocidad de la rotacion.

De lo dicho se deduce, que si el movimiento de rotacion de una esfera líquida va aumentando gradualmente, su eje de rotacion irá gradualmente disminuyendo, y que llegará el caso en que aquel eje llegue á ser tan pequeño, que la esfera haya pasado á tomar una forma aplastada y circular, de poquísimo espesor en su centro, aunque algo mas gruesa hacia sus bordes. Si la fuerza centrífuga crece por haberse hecho la rotacion aun mas rápida, llegarán á coincidir los dos polos de la esfera; y si la rotacion se hace aun mayor, la plasta circular en que la esfera se habia transformado, tomará la forma de un anillo aplastado tambien, cuya abertura será tanto mayor, cuanto mayor sea la velocidad de su rotacion.

Esto sentado, si viésemos girar por el espacio una multitud de planetas anulares, ¿deberia por esto aumentarse nuestra admiracion? De ningun modo, pues esto no tendria mas de extraordinario que el hecho tan conocido del aplastamiento de varios planetas. El globo en que habitamos seria

anular si la velocidad de su rotacion hubiese sido suficiente para ello: aqui suponemos, como parece indudable, que la tierra fué líquida ó casi líquida en su principio.

Ya se vé, por lo que dejo dicho, que el anillo de Saturno no es para mí otra cosa que un planeta convertido en anillo por la velocidad de su rotacion, ó lo que es lo mismo, por su fuerza centrífuga. Segun esto, Saturno y su anillo son dos planetas concéntricos; y si en vez de ser el anillo uno solo como sienten unos, se compusiese de dos, como quieren otros, la esplicacion seria la misma.

Para dar razon ahora de cómo han podido colocarse Saturno y su anillo en una posición concéntrica, basta suponer que la esfera que los produjo á entrambos se componia de materias de muy desiguales densidades. En este caso, obedeciendo á las leyes físicas, la materia mas densa abandonó el centro que ocupaba y pasó á tomar la forma de anillo, mientras la menos densa descendió al centro y tomó una forma sensiblemente esférica. Paso ahora á exponer varias consideraciones que tienen relacion con las ideas anteriormente espuestas.

Para mejor esplicarme distinguiré dos ejes en una esfera que gira; el de rotacion, y otro que llamaré de *gravitacion*: este último es aquel que prolongado va á pasar por el punto á que se dirige por su natural gravedad el centro de la esfera. El eje de rotacion puede coincidir con el de gravitacion, serle oblicuo, ó finalmente, serle perpendicular.

Ahora, cuando el eje de rotacion coincide con el de gravitacion, la esfera se transformará en un esferoide; sus apilamientos serán circulares, y el eje de rotacion será perpendicular á estos círculos, que podrán considerarse como bases de un cilindro recto. Si por la velocidad de su rotacion pasase la esfera á formar un anillo, los bordes de este serian dos círculos concéntricos.

Despues de haber abandonado el supuesto de que la tierra fuese esférica, se creyó que su forma era esferoidal. Esta opinion se halla abandonada porque no está conforme con los resultados que se han obtenido en las mediciones que se han practicado de varios arcos de meridianos. Y en efecto, para que la tierra fuese un esferoide, seria necesario que su eje de rotacion coincidiese con su eje de gravitacion; ó lo que es lo mismo, seria necesario que la prolongacion del eje de rotacion de la tierra pasase por el centro del sol, que es el punto á que próximamente se dirige por su natural gravedad el centro de nuestro globo; y digo próximamente, porque hay que tener en cuenta el influjo de las demas atracciones planetarias.

Spongamos ahora que el eje de rotacion es oblicuo al eje de gravitacion. La esfera en este caso se aplastará por sus polos, pero de tal manera, que los aplastamientos en vez de ser los círculos, serán dos elipses. Estas dos elipses serán mas ó menos escéntricas, segun sera mayor ó menor la oblicuidad de los dos ejes de la esfera. Aqui el eje de rotacion será oblicuo á los planos de aplastamiento, por manera que las dos elipses polares podrán considerarse como las dos bases de un cilindro oblicuo. Si la esfera pasase en el supuesto que nos ocupa á formar un anillo, este tendria una forma próximamente elíptica; y esta es, en mi concepto, la verdadera figura del anillo del Saturno. Algunos han creído que aquel anillo es de forma circular, y que el aparece como una elipse á nuestra vista es debido á las leyes de la perspectiva. Pero toda vez que el eje de rotacion del anillo sea oblicuo á su eje de gravitacion, su forma será forzosamente elíptica; y lo único que hará en este caso la



perspectiva, sera presentarnos la elipse mas escéntrica de lo que es en realidad.

La opinion que en el día corre acerca de la figura de la tierra es de que es un elipsoide aplastado por los polos. Si esto fuese así, los aplastamientos polares serian círculos, y todos los meridianos terrestres serian iguales. Pero con arreglo á nuestras consideraciones, la tierra no es un esferoide ni un elipsoide, bien que se aproxima á una y otra de estas dos formas. En la que le asignamos, solo serán iguales cada dos meridianos opuestos; habrá dos meridianos máximos, que serán los que pasen por los extremos de los diámetros mayores de las elipses polares; y habrá dos meridianos mínimos, que serán los que pasen por los extremos de los diámetros menores de dichas elipses.

Ahora pudiera examinarse qué figura tomará la esfera cuando un eje de rotacion sea perpendicular á su eje de gravitacion; pero no haciendo esto al caso presente, me abstengo de considerar este supuesto.

#### PLATA LABRADA DEL SIGLO XVI.

La altura del jarron es de 30 cent.; el perimetro tiene 50; y el diámetro es de 45.

El jarron se halla dividido en tres zonas; la de en medio está subdividida en tres compartimientos, en cada uno de los cuales se ve representada una de las tres virtudes teológicas: la Fe, la Esperanza y la Caridad. La que se halla á la vista es la primera, que está representada ante un altar, teniendo en una mano las Escrituras y en la otra la Cruz, y hollando á sus pies una calavera. La Esperanza y la Caridad tienen sus atributos ordinarios: el áncora la primera, y la segunda los niños y el cuerno de abundancia.

Las otras dos zonas se hallan adornadas con figuras de fantasía, como caballos alados, mascarones, genios etc. En el cuello se ven dos mascarones, y en la parte superior del asa hay una mujer en cariatida. El pié tiene dos bordes labrados.

Los adornos del platillo son mas notables que los del jarron; el artista ha desplegado en ellos todas las riquezas de su imaginacion con todos los recursos del arte.

La idea dominante es que la temperancia es necesaria al hombre que quiere descollar en las artes y ciencias; por eso la figura de esta virtud se halla representada en el centro del plato.

El artista que deseaba sin duda que no pudiese haber equivoco ninguno sobre su pensamiento, puso un letrero con los nombres de todas sus figuras alegóricas. Así pues, al rededor del asunto principal se lee *TEMPERANTIA*, viéndose una mujer sentada en medio de un risueño paisaje con un jarro en una mano y una copa en la otra; los accesorios que la rodean son otras tantas alegorias ingeniosas alusivas á los beneficios del agua, como la hoz, símbolo de la cosecha; el tridente de Neptuno, el caduceo de la Paz, y la Antorcha del Amor apagada por la temperancia. Al rededor del centro del platillo se ven los cuatro elementos en elegantes cartuchos separados por cariatidas. El Aire está representado por Mercurio; el Agua, por la ninfa de un rio; la Tierra, por una hermosa mujer echada con un hacedillo de espigas, y el Fuego, por un Marte sentado, con el rayo y la espada en la mano para indicar las propiedades destructoras de este elemento, cuya utilidad tambien se manifiesta por medio de un horno de cal de donde salen llamas. Tambien se distingue

una salamandra, ese animal fabuloso, que segun decian, podia existir dentro del fuego. El borde del platillo se halla ocupado por ocho cartuchos separados por medio de motivos alegóricos y de caprichos que seria difuso enumerar aqui, pero que tambien son alegóricos. En cuanto á las ocho composiciones, se hallan ligadas con la idea principal de que la temperancia fecundiza la ciencia. En efecto, estas ocho composiciones se hallan consagradas á las siete artes liberales, y á Minerva, esto es, á la sabiduria divina á quien deben su inspiracion todas.



Jarro de estaño, por FRANCISCO BRIOT.—Dibujo de Therond.

En la época que suponemos se ejecutó esta obra, durante la segunda mitad del siglo XVI, no se habian olvidado aun las ideas de la edad media. Los dioses del Olimpo, resuscitados por los escritores del renacimiento, se iban mezclando ya al séquito mas severo de esa musa de la edad media, tan poco conocida aun, que llaman la *Escoldástica*; pero aun separándose de las doctrinas de la *escuela*, las fórmulas quedaban existentes como antes. De este modo, para no hablar aqui sino de lo que tiene relacion con nuestro asunto, contábase aun cuatro elementos y siete artes liberales; pero ya estas últimas, que se ven en nuestro platillo, no son las mismas que las que se enseñaban en las escuelas de Paris en el siglo IX.

En la célebre clasificacion de las artes y ciencias llamada

el *Trivium* y el *Quadrivium*, ó las *Siete artes liberales*, clasificada en atribuida á Marciánus Capella, escritor del siglo V, las tres artes del *trivium* (tres caminos que llevan á la verdad) son la gramática, la dialéctica y la retórica, y las cuatro ciencias del *quadrivium* (cuatro vias) son la geometría, la aritmética, la astrología y la música. Aquí las tres

artes son las mismas, y se siguen en el mismo orden; pero las ciencias no. La música se ve como la primera ciencia, porque en efecto durante mucho tiempo la música fué considerada como uno de los conocimientos humanos de mas importancia; pero el cambio mas notable es que la geometría ha desaparecido, confundida con la aritmética ó con la



Platillo del jarro, por BRIOT.—Dibujo de Therond.

música, dejando su puesto á la arquitectura, sin duda á causa del brillo de la arquitectura del renacimiento, que tan largo tiempo debia enseñar el desden por las maravillas de la edad media.

La Gramática, la primera de las artes en las ideas de la escuela, está representada por una mujer con una fuente, esto es, el manantial de todas las ciencias. La Retórica tiene delante un libro abierto; en la mano derecha un rollo, y en la izquierda cuatro llaves que oculta por detras, llaves que abren las puertas del entendimiento humano. La Retórica tiene un corazon inflamado y la mano izquierda sobre el corazon para indicar de donde sale la verdadera elocuencia. La Música tiene un bandolin, la Aritmética un reloj, la Arquitectura una regla y un compas, y la Astrología un astrolabo.

Francisco Briot, el autor de esta obra maestra de platería, que se halla hoy en el Museo de Cluni de Paris, no fué conocido durante mucho tiempo, sino entre los pocos aficionados que poseian ejemplares en estaño de este jarron y platillo: tuvo la precaucion de firmar su obra, pero su firma se oculta modestamente por detras del platillo, teniendo que volverle para hablarle al rededor de un medallon con el retrato del artista modelado por el mismo.

#### EL CASTILLO DE BRETÓN.

##### PROCESO CRIMINAL.

(Véase la pág. 333.)

De las paredes de la mayor parte de los aposentos cuelgan girones de papel podridos: en dos ó tres de las piezas



mayores subsisten aun el cielo-raso recubierto de estuco y pintado al fresco; algunos bustos igualmente pintados adornan las paredes: un ojo escrutador encuentra en estos bordados vestigios varios recuerdos mitológicos. Percíbese á Venus con su hijo Cupido, bastante deteriorados ambos. Por su casco reconoció á Minerva y á Apolo por su lira: una cabeza de anciano coronada me hizo titubear entre Júpiter y algún monarca sajón, Athelstane ó cualquier otro; pero me quedé en la duda. En cuanto á los retratos de los Hilton y otros adornos mencionados en las antiguas topografías del condado, no queda de todo ello el menor rastro.

Empero, hénos aquí, después de tantos preliminares, que hemos llegado á la mas reciente y mas notable de todas las crónicas que tienen relación con la existencia de este monumento feudal.

Habiendo cesado de pertenecer á la familia de los Hilton, pasó á la de los Bowes que son en la actualidad los poseedores. Data esta última desde la conquista, y señalada con frecuencia en la historia del país, ha suministrado al ejército mas de un valiente caballero, y á las fronteras del Norte mas de un temible guardián. Los Percy, los Conyers, los Ravensworth, los Cumberlans, se han creído honrados con su alianza, y las baladas populares han conservado el nombre de sir Jorge Bowes, que en tiempo de Isabel, resistió casi solo á la insurrección de los condes de Westmoreland y de Northumberland.

Mary Eleanor, única heredera de tan estensa y poderosa familia, había casado con el noveno conde de Strathmore, que tomó en esta ocasion el título de Bowes. El conde murió en Lisboa en 1776 dejando á su joven esposa varios bienes considerables y una viudez difícil de conservar en medio de los numerosos pretendientes que se disputaban su mano. Mary Eleanor no era solo una mujer encantadora, vivaracha y perfecta, sino que tambien se había adquirido renombre literario, y pasaba por una de las mejores botánicas de su tiempo. Los literatos y hombres de ciencia eran bien acogidos en la magnífica casa que habitaba en Londres, Grosvenor-Square. Sus estensos jardines y sus templados invernaderos en Chelsea le costaban cada año sumas considerables, empleadas principalmente en el cultivo de las plantas exóticas.

Ademas de sus dominios en el Middlesex, tenia en Paul's Walden, en Gibeide y en Barnard-Castle deliciosas casas de campo, inferiores sin embargo á sus dos castillos de Streatham y de Hilton. Su biógrafo, M. Jesse Foot, cirujano por mucho tiempo de Stoney Bowes, nos ha dejado una minuciosa descripción de las gracias que le adornaban cuando apenas contaba treinta años. «Tenia, dice, una robustez y fresca agradales, un rostro notablemente bello, y era un poco baja de estatura. Tenia negro el cabello; era algo mope, y la espresion de sus ojos anunciaba una gran serenidad de corazón; solamente una especie de gesto convulsivo alteraba la tranquilidad de su rostro redondeado, cuando se sentia agitada por algun accidente: su mandíbula inferior con algomaciza, se movia entonces de derecha á izquierda con un estremecimiento singular. Sus dedos eran chiquitos y su mano perfectamente modelada.»

Se puede por tanto imaginar que una mujer de tantos atractivos podría hallarse á la muerte de su esposo rodeada de obsequios numerosos y servidores solícitos. Mary Eleanor los atraía y cautivaba con su viveza y buen humor, su interesante gracia, sus variados conocimientos, y sobre todo con el rico premio que ofrecía á las especulaciones de una galantería interesada. Así fué como los mas serviles adora-

dores se prosternaron á sus plantas; hombres de alta jerarquía y de grandes riquezas se disputaron el honor de llevar sus cadenas. Uno de ellos, M. Gray, que había vuelto de las Indias con una fortuna inmensa, pareció al pronto destinado á reemplazar el conde de Strathmore; pero no tardó en ser desahucado por un intrigante audaz, y la condesa cayó en poder de uno de los malvados mas completos que la época moderna ha producido.

Andrew Stoney Robinson era teniente en el ejército inglés. Hallándose de guarnición en Newcastle-on-Tyne, había obtenido la mano de una joven heredera, miss Newton, que poseía una fortuna de treinta mil libras esterlinas.

Poco despues de su casamiento se desbarazó de ella por una serie de crueldades, en las cuales solo mas tarde debía creerse, sometiéndola á toda especie de tormentos morales y físicos. Se entretenía, segun dicen, en estenderla violentamente y cabeza abajo sobre los pedafios de una escalera: la encerraba en camisa y aun enteramente desnuda, en los chiribitiles mas oscuros, y le daba por único alimento cada veinticuatro horas un huevo cocido, sin permitirle bebida alguna. Se añaden otros pormenores acerca de los cuales nada osaremos decir.

Esteriormente, Stoney Robinson mostraba sin embargo las apariencias mas seductoras. Hombre de agudeza y aficionado á los placeres, ostentaba su elegancia en todas las ciudades de baños y carreras de caballos; miembro influente de todos los clubs *fashionables*, jugador desenfrenado, gran partidario de las riñas de gallos, era uno de los *jockeys* mas decididos que se puede imaginar. M. Jesse Foot nos hace de él este retrato.

«Bowes, dice, se presentaba bajo los auspicios mas favorables, y sus maneras, sobre todo cuando era joven, solian granjearle la benevolencia de cuantos le trataban. Su hablar era dulce, su estatura elevada, su mirada penetrante. Nadie dominaba la espresion de su semblante; sus largas y espesas cejas eran casi rojas, sus cabellos rubios y su tez sonrosada; su sonrisa no carecia de atractivo, ni de viveza su genio, y únicamente tenia el defecto de reírse con harta frecuencia de las burlas que se permitía.

Mil egidas sociales parecian poner á Mary Eleanor Strathmore al abrigo de los ataques de un aventurero como Robinson; y antes de que este pensase casarse con aquella era menester desplegar todos los ardidés de su astucia para introducirse en una sociedad naturalmente cerrada á los malvados de su especie. Desgraciadamente para la condesa todos sus domésticos no eran igualmente fieles y desinteresados.

El aya de sus hijos tenia una hermana que poco á poco vino á ser la confidente de la señora, y que Bowes supo ganar secretamente. Esta joven, llamada Elisa Plauta, debía casar con el capellan de la condesa M. Stephens, que tanto abusó de su influencia, seducido por las promesas de nuestro aventurero. Sucedió, pues, que Bowes, encontró medio de ser admitido en el palacio de Grosvenor-Square. Se ha llegado á decir que se hizo amante de Elisa á fin de obtener una alianza mas segura. Como quiera que sea, desde que pudo lograr conocimiento con la condesa, sus proyectos fueron incesantes y rápidos; bien pronto conoció los flacos del aquel carácter caballeresco, y la atacó por todos los medios que le suministraban sus antiguos hábitos de seducción. A las lisonjas galantes, recursos ordinarios de los que enamoran, agregaba las mas pérdidas combinaciones.

Un adivino, entonces célebre, fué asociado á estos proyectos. Elisa Plauta se encargó de conducir á la condesa á casa del nigromante mercenario, cuyas predicciones, corroboradas por mil particularidades íntimas que Robinson podia suministrarle, hicieron profunda impresion en una imaginacion fácilmente escitable. Llegaron en seguida las cartas apócrifas con el sello de Durban, por las cuales una famosa beldad demandaba á la condesa el corazón del infiel oficial. En estas cartas se hallaban hábilmente ingeridas ciertas alusiones contra M. Gray, pretendiente admitido todavía y todavía temible.

Se le representaba como un adorador interesado, puesto en juego por los parientes del difunto lord Strathmore. Esto era hacer vibrar una cuerda sensible, y revolver contra la condesa las sospechas de que ella era tan susceptible. Todos estos manejos no eran sin embargo mas que accesorios, una especie de entrada en materia; se trataba de descargar mas tarde los grandes golpes.

El *Morning-Post* publicó á la sazón los mas virulentos ataques contra el carácter privado, las costumbres y la sociedad ordinaria de la condesa. Toda su vida era espuesta por el periodista á la malignidad pública, acompañada de insinuaciones altamente calumniosas.

Los epigramas eran acerbos; algunos otros fundados; todos ellos compuestos para herir profundamente un carácter susceptible. Los amigos de lady Strathmore descendieron imprudentemente al palenque abierto. Las justificaciones dadas en su nombre, fueron seguidas de réplicas nuevas y de nuevas imputaciones. Esta polémica se hizo cada vez mas animada, mas vehementemente, mas amarga. El público se hallaba en expectativa; los amigos de lord Strathmore no nada intervenían, gozosos de pensar que tanto escándalo estorbaría un segundo himeneo, que perjudicase á los hijos del primero. Poco á poco, no obstante, la posición de la condesa llegó á ser intolerable; escarnecida todos los días á los ojos de la Inglaterra entera, su cólera y su desesperacion no tardaron en romper los diques. Declaró altamente que á su vengador, si encontraba uno, le concedería el título y los derechos de esposo.

Hé aquí el extremo á que la había impellido Stoney Robinson. El era autor anónimo de los libelos infamatorios; pero volviéndose de pronto con una audacia y una destreza sin igual contra el editor del diario, en manera alguna preparado para este ataque imprevisto, lo provocó arentosamente, le amenazó en el acto, le hirió de un sablazo, encontró medio de ser herido á su vez, y tendió en seguida su mano ensangrentada á la condesa, que completamente ciega, se dejó conducir al altar por tan adicto campeón.

Esta artimaña hizo caer en manos de un verdadero caballero de industria una fortuna brillante, castillos, dominios sin cuento y la única heredera de una familia noble entre las mas nobles. Este hombre de pronto enriquecido, saboreó largamente las delicias de su ilegítimo triunfo, y partió de Londres, donde su palacio era frecuentado por una turba de aduladores solícitos, sino despues de haber apurado el placer de ser entronizado casi reglemente. Marchó luego al Norte, como un monarca que va á visitar sus estados. Parecióle una vision dorada; pero de todos ellos los que mas vivamente hirieron sus ojos ávidos, fueron los magníficos bosques de Gibeide. Estendiase por la ribera meridional del Derwent, cortados en varias direcciones por barrancos profundos y por prados abiertos, formando un circulo de algunas millas alrededor del caserío de Gibeide.

Esta antigua morada acababa de ser reconstruida en un estilo perfectamente conforme con el de su arquitectura primitiva, y en él se veia una rica galería de cuadros, donde Snyders y Ricci disputaban el puesto á Rubens, Vatteau y Poussin. El aspecto de esta noble mansion no inspiró mas que pensamientos de destruccion á nuestro audaz aventurero: apenas la hubo visto, pulso el hacha en el tronco de las encinas seculares, y así se vió en parte castigada; los compradores, espantados por esta especie de sacrilegio, no osaron ó no pudieron adquirir toda la madera cortada: la mayor parte quedó en el suelo y allí se pudrió. Así es como Bowes inauguró una carrera de estravagancias, de tiranía y de ingratitude.

Elegido por Newcastle, fué á tomar asiento en el parlamento, vino á ser gran sheriff del condado, quiso rivalizar en esplendor con la aristocracia, y habiendo reunido dinero de todas partes, recurrió á bajas intrigas para engañar á sus amigos, á sus banqueros, en una palabra, á todos aquellos que habían negociado con él. Jesse Foot, su cirujano, nos ha iniciado en los detalles característicos de esta inmensa dilapidacion.

Nos lo presenta abandonando su hermosa residencia de Grosvenor-Square, despues de haber dado allí varios banquetes parlamentarios, y para dejarla en arrendamiento, yendo á vivir en una casa á pupilo. En el parlamento hacia menos ruido que en las demas partes, y vendia discretamente sus votos silenciosos: como sheriff se creaba poco á poco elementos de influencia para llegar á representar mas tarde, no solamente Newcastle, sino todo el condado. Entre tanto, compraba á la familia de Shafto el señorío de Benwell, que no llegó á pagar nunca, pero sobre el cual encontró medio de que le prestasen cantidades azar considerables. Vendió todo lo que pudo de los bienes inmuebles que tenia en Londres, vendió su casa de Chelsea; y se apoderó de todas las alhajas de la familia: mas de treinta mil libras esterlinas que se le contaron como capital de las rentas constituidas.

Así era como soportaba dispendios enormes y tenia mesa de estado en Gibeide, donde había establecido el centro de sus manejos políticos. Las viandas eran espléndidamente servidas en una vajilla de las mas hermosas del reino; pero en el fondo de todas estas prodigalidades, no se sabe qué bajeza, como una mancha original, revelaba siempre la ruindad de la persona: jamás compra, por ejemplo, mas que carruajes de lance, y sus tiros de caballos, que tanto le costaban, estaban siempre mal mantenidos.

En una palabra, este hombre tan rico carecia incesantemente de dinero; sus numerosos recursos no igualaban á sus continuos gastos.

Quedaron de él varias cartas escritas á un amigo en las cuales se pinta á sí propio mendigando todos los días los socorros de su banquero, á quien lisonjeaba con bajeza para obtener empréstitos, y á quien llenaba de improperios cuando se negaba á sus exigencias intolerables. Por último, vendió una posesion á aquel amigo, seducido por las apariencias de un buen negocio; pero obligado á redimir una hipoteca hábilmente disimulada, el comprador se encontró engañado por una estafa.

Tal era Bowes en su esterior. Vamos ahora á verlo muy distinto en el seno de su familia. Sombrio y terrible, era uno de esos hombres en cuya presencia, como dijo un poeta, los niños cesan en sus juegos y enmudecen. Poseía el arte